EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NUM. 13627

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

MARTES 24 DE DICIEMBRE DE 1907

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: *Mr. A. Lorette*, 14, rue Rougemont; *Mr. J. Jones*, 31, Faubourg-Montmartre.

La Nochebuena en las minas

Mi buen amigo: sabiendo que este años está usted lejos de su familia, no puedo permitir que pase usted la Nochebuean solo.

Esperamos á usted á las nueve. Vendrán algunos amigos y cenaremos juntos No falte usted. Le advierto que es todo de confianza. suyo, Z.»

Así decía una esquelita que hallé sobre la mesa de mi cuarto en la fonda del Universo, de Bilbao.

Eran las ocho de la noche y no tuve tiempo de dudar. Abrí el cofre y empecé á sacar el pantalón negro, el smoking, los botoncitos, etc., ecétera; porque es el caso, que aunque aquella reunión se me anunciaba como de tanta confianza, el señor Z riquísimo banquero de Bilbao y dueño de un precioso hotel en la Alameda, tenía fama de amante del lujo y los amigos invitados serían de seguro de lo más espetado y elegante de la espléndida villa.

Obsesionado con la conclusión de un cuadro que pintaba en una fábrica de las cercanías, no quise aquel año volver á mi casa á celebrar la fiesta de la familia, lo que me valió furibundas cartas de mis pequeños y mi mujer. ¡Tenían razón los pobrecillos! Me pesaba lo hecho, pero ya no tenía remedio.

Traté pues de acallar mis remordimientos, me vestí con lo mejor del contenido de mi cofre y pasito á paso me fuí hacia la Alameda, resignado sí, pero con una pereza grandísima.

¡Era aquello bastante violento para mí! En lugar de la alegre charlo de mi mujer y mis chicos. presentaciones. cortesías, conversaciones huecas; en vez de mi besuguito, mi mazapán y mi vino de Rioja, *ecrevises en sauce* no sé como y *poulards* á lo no se cuantos Y luego tal vez un estúpido rigodón en que tendría que formar parte y para fin de fiesta the, ese odioso café vergonzante que se toma con taruguitos de pan duro.

¿Y mi pipa, mi adorada pipa negra que se quedaba en la fonda?

Lo cierto es que iba de muy mala gana á la fiesta, tanto, que trataba de ahorrar los minutos y miraba de vez en cuando el reloj con ansiedad, mientras me paseaba entre la sombra de los árboles delante del hotel de Z, que estaba ya radiante de luz, con dos ó tres coches á la puerta y su magnífico portero de levitón, esperando á los invitados.

Allá, al otro lado de la hermosa ría en cuya orilla está el paseo, los trenes iban y venían sin cesar, trayendo y llevando obreros á sus casas, pues en tal noche se despueblan las minas y los talleres. Se oían distintamente los cánticos y gritos alegres de aquella gente entre el silbido de la locomotora y el traqueteo de los vagones. Algunos grupos de valientes mineros, cantando y marchando á saltos, pasaban á mi lado por la Alameda para tomar el tren de las Arenas Todo era alegría y ruido. Me daba envidia la animación y el abandono de la multitud. De no estar con mi familia, así hubiera yo querido pasar la fiesta.

«Feliz Nochebuena», oí que me decía una voz por la que reconocí, pues había poca luz, á un contramaestre de la fábrica donde yo pintaba mi cuadro.

—Hola, ¿eres tú, Pedro? Vas á pasar la Nochebuena con la familia?

—Ca, no señor; voy allá á Sestao. Estoy de guardia. Tengo mala suerte,

—Pero ya no tienes tren, ahora debe haber salido el último de Portugalete.

—No importa, ahí abajo tengo un bote y me voy por la ría. ¿Quiere usted venir?.. Nosotros no dejamos el tajo porque el horno grande no se puede apagar, ya sabe usted no quedan allá más que veinte hombres. Beberemos un trago y luego Miguel, el de Ortuella, ha dicho que va á ir con los del orfeón á ver si los convida el ingeniero mayor, que pasa allí la noche.

—Aguarda, aguarda... ¡Por la ría, en bote, el orfeón!... Espérame, espérame Voy contigo, yo remaré,

Venga usted pronto, que hay que estar allí á las once.

En cuatro brincos llegué á la fonda, me quité mi traje *borguese* y en otros cuatro estaba con Pedro en la barca remo en mano lanzando bocanadas de humo de mi pipa negra.

—Traiga usted los remos—dijo Pedro.

No quiero—le contesté; tú al timón. *Aurrerá*. Remé con ganas. La marea me ayuda en grande, así que corríamos como condenados.

¡Vaya una excursión hermosa! Pasábamos entre los barcos anclados cuyas proas semejaban desde nuestro esquife negros y gigantescos castillos; los focos eléctricos trazaban largas cintas de plata en las tranquilas aguas de que los remos levantaban á compás lluvia de diamantes. Cuanto más avanzábamos más se oía el rumor del hormiguero humano que poblaba ambas orillas. Aquí pasaba sobre un puente un tren de carga que traía de las lejanas minas millares de operarios; allá, en un malecón, bailaban multitud de mujeres y chicos al son de sartenes y almireces. En las mil casas que bordean la ría brillaban luces en las ventanas. En cada casa, por pobre que fuese, había una pequeña fiesta. un paréntesis de paz y alegría en la ruda vida del obrero. En las tabernas y cafetines rebosaba la gente. Se oían cánticos en castellano y en vascuence, silbidos de la locomotora y repiques de iglesia, y toda aquella barahunda formidable llenaba el espacio de una alegría especial, indefinible, que subía en lágrimas á los ojos: la alegría ganada con el trabajo, la alegría del ansiado descanso merecido de sobra.

En poco más de una hora llegamos frente á la gigantesca fábrica. Sus talleres estaban mudos y oscuros, sus chimeneas apagadas. El horno grande únicamente lanzaba de cuando en cuando una bocanada de llamas azuladas que iluminaba un momento su eterno dosel de humo negro.

Al pie del horno había diez ó doce hombres silenciosos cuidando el fuego los unos, mientras otros encauzaban la salida del metal derretido; otros tantos llevaban en carretones el mineral al montacargas que los subía automáticamente para llenar el estómago voraz de la enorme máquina Aquellos hombres me saludaron con cariño.

—¡Ah, el *maestro retratista* por aquí! —me dijeron —Bien venido sea. Ahora traerán unas sardinas y cenará con nosotros.

—Sí, muchachos—les contesté—yo pago el vino. Que vaya un chico por él; pero ojo al empinar el codo, no sea que el ingeniero diga que vengo á emborracharos. ¡Viva el retratista—gritaron—y poco después cenábamos todos alegres, charlando niñerías, y riendo sin saber por qué. Los comensales se renovaban por mitad para no descuidar el trabajo. Contraste hermoso el de aquella sencilla escena con el fondo danesco del cuadro.

Cuando estábamos cenando el reloj dió las doce. Poco después el enorme cuerno de vapor de la maquina grande, dejó oir su ronco y prolongado grito saludando el aniversario del nacimiento de Cristo, mientras las campanas del pueblo y los pitos de las locomotoras formaban terrible guirigay, y no habrían pasado dos segundos cuando el orfeón de Sestao, compuesto de más de cuarenta magníficas voces, dejó oir un zorzico lleno de ternura, rico en armonía, delante de la casa del ingeniero allí inmediata. No olvidaré nunca aquellos acordes grandiosos y solemnes acompañados á lo lejos por el rumor de las olas del Abra y de cerca por el pedal profundo de la titánica respiración del horno Grüber.

. . . . . .

Al día siguiente corrí á disculparme á casa del señor Z., por no haber acudido á su finísima invitación. ¡Tuve un sentimiento!... No fuí á la fonda hasta las doce y... En resolución: el día de Pascua comí á su espléndida mesa.

Buenos son los *ecrevises sauce verte* y las *poulards á la marechale* á falta de paseos nocturnos en bote y zorzicos coreados por el mar y las máquinas, y aun en defecto de sardinas y peleón.

V. CUTANDA.

Bilbao Diciembre 1907.

¡NOCHEBUENA!

I

Estaba sola. Su hijo, su Pedro del alma había marchado á bordo de la escuadra á pelear con los traidores enemigos de nuestra Patria, y ella lo vió partir, con los ojos preñados de lágrimas y torturado el corazón por inmenso dolor.

Aún recordaba la aciaga noche en la que recibió la orden de incorporarse á su buque. Su padre, loco desesperado, quiso buscarle un sustituto; pero Pedro se opuso diciendo con viril entereza: ¡Debo marchar; ese es mi deber!...

Y se fué. En el muelle, un gentío inmenso se estrujaba para ver mejor á aquellos valientes marinos, que con la sonrisa en los labios y la noble frente serena, marchaban tranquilos al sacrificio. Los vivas y las músicas entonando marchas patrióticas, formaban un ensordecedor contraste, en tanto abandonaban el puerto las naves españolas que iban á lejanos países, á vengar en ellos los insultos inferidos á nuestra gloriosa bandera....

II

¡Oh, qué terrible combate! Jamás se registrará otro semejante en los anales de las luchas marítimas. Los buques españoles, deshechos por aquella tempestad de plomo, se estrellaron contra las rocas y arrecifes de la costa, lanzando de su interior grandes llamaradas, mientras que sus tripulantes gravemente heridos, se desplomaban sobre las enarenadas cubiertas, dejando escapar de sus heroicos, pechos en los estertores de sus horribles agonías, gritos de rabia y de furor.

Los periódicos, al narrar el combate, elogiaban la conducta del cabo de cañón del «Oquendo» Pedro Saumell, encargado de una de las piezas de la batería y la cual disparó, hasta que una granada al explotar dividió en dos el cuerpo de aquel héroe.

Creyó que se moría al recibir tan infausta noticia, pero Dios la tenía reservada más sufrimientos, y su esposo, menos resignado que ella, se suicidó, dejándola sumida en el mayor desconsuelo.

. . . . . .

Los panaderos y villancicos, vinieron á sacarla del letargo en que se hallaba. Por la mal cerrada puerta de la cabaña, penetraban los ecos de los alegres cantos, con los que el pueblo celebraba la Nochebuena.

Instintivamente miró hacia un apartado rincón de la destartalada cocina y vio el pandero de su Pedro. El también salía en aquellas noches á dar serenata á las mozas y á festejar la venida del Mesías al mundo.

Las lágrimas se agolparon á sus ojos; recordó con amarga pena aquellos venturosos y ya lejanos tiempos, y le pareció que el mar, al llevar hasta ella su fatídico rumor, le traía envuelto en sus ondas el último adiós de su desventurado hijo.

José Moncada Moreno.

Para EL ECO DE CARTAGENA

La última hora

Para mi respetable amigo
Don Obdulio Moncada

En un humilde aposento
que alumbra una mariposa,
cuya luz triste y dudosa
oscila á merced del viento,
vése en triste abatimiento
y á la moribunda llama,
un hombre junto á una cama,
donde pálida se advierte
batallando con la muerte,
desesperada una dama.

—

Frente por frente se vé
en un lienoz retratado,
un Cristo crucificado,
y un reclinatorio al pie.
La imagen, con santa fe
mira la enferma contrita:
y aunque en el lecho se agita
por la convulsión penosa,
se oye rezar animosa
una plegaria bendita...

II

—Enrique—dice la dama—
ven: acércate un momento.
y Enrique, con paso lento,
váse acercando á la cama.
—mi vida...—con pena esclama—
se consume lentamente:
ya me queda escasamente
una hora... ¡no sabemos...!
y es necesario que hablemos
de nuestra hija inocente.
Ella que su suerte ignora,
queda sola á tu cuidado;
¡no te apartes de su lado
hasta su última hora ..!
Sin tu ayuda protectora
y entregada á su destino,
marchará errante y sin tino
del mundo en la inmensidad,
hiriéndose sin piedad
en las zarzas del camino.
Hazla ver que su riqueza
es la virtud y el honor:
enséñala con amor
á ser sencilla y leal:
y si por suerte fatal
perdido ya todo juicio,
busca el placer en el vicio
instigada por el mal,
tú con santa abnegación
procura que se convierta;
que ella llamará á tu puerta
implorando tu perdón.
¡Entonces, ten compasión
de la infeliz desvalida:
no con alma endurecida
la rechaces de tu lado;
que si inocente ha pecado,
llora triste, arrepentida...!

. . . . . .

Que no olvides un momento
cuanto te digo al morir:
que no te espante el sufrir,
ni te acobarde el tormento:

ra que la Ciencia se reembolse. Hecho esto, me naturalizo como ciudadano de Madras y me hago plantador.

—Muy bien—dijo Héva:—apruebo el proyecto. ¡Es tan raro conservar los amigos!... Para nosotros, en Bengala, los amigos son aves de paso; se detienen un instante bajo nuestros árboles, cantan la misma canción contra el sol, la misma queja sobre la patria ausente, y vuelan con el primer buque. ¡Vaya si hemos visto de esos albatros!

—¡Pero esos albatros no la habían visto á usted, señora!—dijo Gabriel.

—¡Ah!—repuso Héva.—¡He aquí su buen humor, que vuelve! Siempre he oído hablar de la galantería francesa, pero con usted ha llegado á Madras, y, por fin, la conozco. Parece que en París los hombres no hablan á las mujeres sino en madrigales; ¿es verdad?

—Los madrigales son mentiras, señora.

—¿Y las mujeres se contentan con ello?

—Sí, esperando las verdades.

—Así, pues, ¿usted se ha atrevido á dirigirme un madrigal, M. Gabriel?

—No, señora; me sería imposible adularla.

—¡Adulador! ¡Viene á importar las costumbres francesas en la India, géneros prohibidos!

—¡Oh! No, señora, todo lo contrario; vengo á importar el matrimonio...

Ha despertado usted en mí un recuerdo, esto es todo...

—¿Un recuerdo antiguo?—preguntó tímidamente Gabriel.

—Un recuerdo siempre es antiguo—repuso Héva suspirando.

El frío del invierno polar cayó del cielo del trópico sobre el pecho desnudo de Gabriel y heló la sangre de su corazón; su lengua paralizada por una hinchazón de amargura, balbuceó palabras que nada decían; pero un movimiento nervioso de la mano reemplazó á la palabra y provocó una explicación.

—Esto no es claro—añadió Héva animándose.—Pues bien, escuche usted... Su amistad no merece estas reticencias... Lo he comprendido... Todo lo que acaba usted de decir, lo he oído de la boca de mi... protector Mr. Palmer, ese rey de la India, más célebre entre nosotros que Aureng Zeb... Mr. Palmer, con su riqueza sin igual en el mundo, allanaba todos los obstáculos que se oponían á los casamientos de sus amigos, de sus vecinos, de sus parientes, de sus servidores, aplicando siempre las teorías de usted á la elección de marido. ¿Y yo, yo, pobre viuda no soy la prueba viviente de ello? ¡Con qué alegría Mr. Palmer arregló mi casamiento! ¡Qué esperanzas fundaba en aquella unión que respondía á sus ideas, á sus deseos! ¡Ah, nunca me